

Evangelio según San Mateo:

En aquel tiempo, fue Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo, diciéndole:

- Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?

Jesús le contestó:

- Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere.

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía:

- Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.



El Rebusno

“El ser humano no tiene alma hasta los catorce días”
Bernat Soria

Con Cabeza

Se llama maestro al que trata de contradecir y cambiar los gustos de sus clientes

L Milani



AVISOS DE LA PARROQUIA

SOBRE LA ENCÍCLICA SPE SALVI DE BENEDICTO XVI

La Esperanza: el tesoro de los que luchan

Estamos salvados en esperanza. Esta es la certeza que sostiene la vida de quienes tienen fe en que son amados por Cristo, con un amor que los hace responsables de la vida del mundo y los convierte en testigos del consuelo de Dios para cuantos sufren. Esta es la evidencia de la fe, una experiencia que tenían los primeros cristianos y que hemos perdido gran parte de los creyentes de hoy a base de "acostumbrarnos" a conocer esta "información", sin que transforme nuestra vida. Benedicto XVI ha querido ponernos delante este anuncio con la encíclica "Spe Salvi". Una verdadera luz en las tinieblas que vive la cultura de nuestro tiempo y un fuerte impulso para reavivar la fe mortecina de no pocos creyentes.

El Papa hace un diagnóstico acertado de la crisis de esperanza con que termina la modernidad: la ciencia y su aplicación técnica, que prometía un futuro mejor con su esperanza ciega en el progreso, y la libertad y la razón, que con la Revolución Francesa o el Marxismo prometieron un mundo de justicia, han mostrado que sus enormes posibilidades tienen unos límites claros para fundamentar una verdadera esperanza. El progreso científico acumula recursos que sirven de poco si no se ponen al servicio de un proyecto moral; es más, la historia reciente ha mostrado que pueden servir fácilmente a la barbarie. El mundo sin Dios y las estructuras sociales más justas que prometieron las revoluciones, se han topado con los límites de la misma libertad en cada intento de hacer en la tierra "el reino del hombre" como un paraíso-. De hecho cada generación de hombre es responsable de su vida; y la libertad del hombre, siempre abierta, puede llevar al fracaso los mejores proyectos trazados por la razón.

Entre los creyentes Benedicto XVI ve un grave problema para acoger y vivir la esperanza anunciada en el Nuevo Testamento: el individualismo que piensa sólo en la salvación de la propia alma o en la satisfacción personal que instrumentaliza incluso la oración.

Frente a unos y otros el Papa pone delante la vida de los mártires, desde Josefina Bakhita a mons. Van Thuan. Son precisamente los que sufren quienes mejor experimentan en sus vidas la realidad del amor de Cristo, que se ha hecho compasivo del dolor humano e el consuelo a cuantos padecen por la culpa, la injusticia o el dolor físico o psicológico.

Este Amor no es una sensación subjetiva sino una certeza que se nos entrega en el Bautismo: la certeza de la vida eterna, como plenitud del amor, la libertad y la gracia; la única respuesta plena al deseo que late en el corazón de todo hombre. Un tesoro que vale más que todos los bienes de la tierra y que se adquiere a base de perder y entregarlo todo como san Francisco de Asís y tantos cristianos pobres, desde la primera generación.

Este Amor de Cristo hace brotar la esperanza para trabajar sin descanso por un mundo de justicia y se manifiesta de modo privilegiado en el sufrimiento, lo mismo que en la oración que busque desprender al hombre de sí mismo y de sus propias justificaciones. Es un amor que vive la certeza de un Juicio final en el que seremos purificados para que la verdad, el amor y la libertad sean plenos en nosotros.

Recuperar la esperanza cristiana, la experiencia creyente de los testigos de la Iglesia primitiva en toda su frescura, esto es hoy una realidad y no una utopía, en la Iglesia pobre y perseguida que preside Benedicto XVI. Una Iglesia del año de 2007 en la que vuelve a ser verdad esta frase de la encíclica: "gran parte de los primeros cristianos pertenecía a las clases sociales bajas, y, precisamente por eso, estaba preparada para la experiencia de la nueva esperanza".